EL AÑO 1831

Ó

CARTA DE UN ILUSTRE PERSONAGE

AL PRÍNCIPE

DE METTERNICH.

Blasco lo g.

S. M. CARLOS X.

EL AÑO 1831

ó

CARTA DE UN ILUSTRE PERSONAGE

AL PRÍNCIPE

DE METTERNICH.

DEDICADA Á CARLOS X.

Traduccion del ingles

POR D. GREGORIO PEREZ

DE MIRANDA.

VALENCIA:
POR ILDEFONSO MOMPIÉ.

1831.

Es propiedad de la casa de Mompie,
del comercio de libros de Valencia.

Á S. M. Carlos X:

Pongo á los pies de V. M. este humilde presente para que le sirva de consuelo en la paz de su retiro la idea del profundo respeto que le profesan los que han admirado en todos tiempos sus recomendables virtudes. Derrame el cielo sus bendiciones sobre la sagrada persona de V. M. como continua y

fervorosamente lo suplico. Tales son los deseos que animan á uno de sus mas sinceros admiradores....

El editor ingles.

PRÓLOGO.

Tenemos particular complacencia en dar á luz la presente carta, tanto porque se descubren en ella las misteriosas intrigas y sutiles combinaciones de la política moderna, como porque resplandecen en su contenido los blandos afectos que inspira el deseo del bien comun, confortado por las saludables máximas de la religion y la moral. Inutil es hacer en este lugar larga enumeracion de los autores, que desde muchísimos años

se han empeñado en destruir las verdades sublimes del cristianismo, sin acordarse de que ennoblecieron el acento de los padres de la iglesia, dieron cierto eco divino á la voz de Massillon y de Bossuet (1), dictaron el mas bello poema de los tiempos modernos, y condugeron los pasos de Lesueur á los solitarios asilos de los anacoretas, para buscar en ellos el modelo de las virtudes silenciosas y pacíficas, que con tanto ingenio nos ha sabido pintar.

Cuando los filósofos del siglo pasado abandonaron el campo, los publicistas se lanzaron en él, y trataron de dar leyes á las na-

ciones, olvidándose casi siempre de que para hacer felices á los hombres, es necesario que esten en perfectísima armonía con la misma religion que los ha de hacer virtuosos. Compárese á Plutarco (2) con el abate Raynal, y al Areópago con la Convencion, y se vendrá en conocimiento de la diversa influencia de tales escritores, de qué modo habia de formarse el pueblo que los escuchaba, y cuál habia de ser por último el caracter de sus tribunales. Y si á pesar de la severa leccion que no pueden dejar de darnos estas páginas de la historia, hubiese alguno que prefiriese á las sábias decisiones

de la magistratura ateniense el exaltado furor de los diputados de París, le suplicaremos nos diga con toda franqueza por cual de estas dos corporaciones desearia ser juzgado, si por seduccion ó imprudencia hubiese cometido algun error.

Fieles pues á los saludables principios que mantienen el orden social y halagan nuestro debil espíritu con la consoladora esperanza de una felicidad mas luminosa y duradera, creemos hacer un beneficio á los que piensan del mismo modo publicando escritos en que brillen estas ideas, á la par que deleiten nuestra imaginacion, y

rectifiquen nuestro juicio. Si la filosofía ha tenido el vano empeño de que viviesen los hombres sin religion, las máximas de una política ilusoria han pretendido por otro lado quitarles la forma de todo gobierno sabio y paternal: estos dos bandos son los que han combatido con una osadía, ingenio y vehemencia dignas de mas noble causa, y ninguna clase de contratiempo ó derrota los ha podido arrojar de la ensangrentada arena.

Hubiera sido necesario que resucitase Pascal (3) para rebatir á los filósofos, y que se hubiese levantado un hombre benéfico como Numa y sabio como Ci-

ceron para hacer callar á los publicistas. Mientras no se presenten tales atletas, estamos persuadidos de que el mejor medio para precaver el mal es iniciar á los pueblos en los secretos resortes que dan origen é impulso á los acaecimientos, é indicarles los terribles cuanto imprevistos efectos con que pueden ser oprimidos, como no se opongan con noble pertinacia al devastador torrente de la ambicion humana (4).

NOTAS DEL PRÓLOGO.

1.ª

Se ha repetido en diversas ocasiones que Bossuet leía con frecuencia á Homero, y que la ardiente imaginacion del mayor de los poetas inflamaba la fantasía de uno de los mas grandes oradores. Por lo que á nosotros hace, juzgamos mas bien que estos dos hombres célebres debieron á la naturaleza rasgos y movimientos de un mismo género, al paso que inspiraciones de género opuesto á la diversa religion que profesaban. No sé qué caracter imponente y divino saca Bossuet del

cristianismo cuando lleno de la sublime elocuencia de los libros sagrados bosqueja con mano maestra su famoso discurso sobre la historia universal, ó pronuncia con voz limpia, magestuosa y sonora sus oraciones fúnebres. En atencion al nervio y á la investigacion profunda de estas inmortales producciones, lo citamos como uno de los escritores que hacen mas honor á los progresos de la razon y á la moral de Jesucristo.

2.ª

No en balde proponemos que se compare á Plutarco con el abate Raynal. Véase lo que decia á últimos del siglo pasado este escritor tan elocuente como incrédulo.

»Fueron los tiempos en que se

fundaban, destruían y renovaban los imperios: los pueblos ya no doblarán la rodilla delante de un hombre: combaten actualmente con el rayo para tomar algunas ciudades, y peleaban antiguamente con la espada para destruir naciones. No está distante la feliz época en que idólatras de sus derechos, celosos de la verdadera felicidad, vivan en la sencillez de los primeros siglos, con pocas leyes, con pocos preceptos, y sin otra autoridad que la de los ancianos."

Muy poco despues de haberse publicado estas ideas apareció Napoleon, y la Francia fue la primera *que le dobló la rodilla.* Oigamos ahora como discurria, en tiempos algo semejantes á los del abate Raynal, el mas amable filósofo de la antigua Grecia, y se verá la diferen-

cia que media entre el sabio que nunca desatiende la antorcha de la religion, y el orgulloso sofista que todo lo sacrifica á los delirios de una razon estraviada.

»En medio de las grandes alteraciones que tienen divididos los pueblos, esclama, descubro un joven nacido para llevar á cabo, á fuerza de irresistible instinto, las empresas mas gigantescas y difíciles. Acaso dentro breve período haya sometido los belicosos pueblos que luchan con los animales feroces de las orillas del Eufrates y del Gránico, asi como ha humillado en Europa á los griegos y á los bárbaros. Al verle vencer con admirable pujanza y usar de la victoria con moderacion singular, haciéndose amar por sus buenas leyes de los que ha subyugado con las

armas, concluyo que su buena suerte no es debida al influjo de esa deidad caprichosa y ciega, á la que dan las gentes el nombre de Fortuna. Alejandro debe el éxito próspero de sus atrevidas empresas á la superioridad de su genio y al favor señalado de los dioses: ahora si os empeñaseis en que la fortuna haya adornado por sí sola su gloriosa frente, os diré con el poeta Alcman *que semejante diosa es hija de la providencia.*"

3.ª

El genio osado y emprendedor de Pascal queria derrotar el monstruo de la incredulidad solo con las luminosas armas del raciocinio. Confiando fundadamente en sí mis-

mo no temia combatir cuerpo á cuerpo con el orgullo de la razon humana, y aunque convencido de que semejante pasion no tiene límites, sentíase el atleta cristiano con bastantes brios para derribarla. Solamente un talento como el suyo podia egecutar el plan que concibiera, si por desgracia no le hubiese herido el dardo de la muerte al pie del edificio que con tanta grandeza comenzaba á elevar. En balde Racine, el hijo, quiso seguir las huellas de tan sublime maestro, recopilando en su poema los pensamientos de Pascal y las meditaciones de Bossuet: su musa harto debil para sostener el paralelo con tan *sábios varones*, *se ha visto como* humillada en su presencia, y no ha podido cantar dignamente sus pro-

fundas y maravillosas ideas. Racine no hace mas que bosquejar, cuando pinta Pascal con los mas vivos colores; llega solo á ser elegante cuando el otro se ostenta sublime; apenas *empieza á persuadir*, *cuando su* maestro está ya harto de convencer. No puede con todo negarse que es versificador florido y armonioso, y que á veces cree uno percibir en los versos del *poema de la religion* los desmayados tonos de la misma lira, que tanto nos embelesa en Atalia y Estér.

4.ª

¿Quien será el autor de la carta que publicamos? Por el contenido de ella manifiesta ser un gran personage, un ministro tal vez, pro-

fundo en sus cálculos, benéfico en sus intenciones, honrado, patriota, adicto al lustre de las gerarquías y amigo de Carlos décimo. Ademas: parece lamentar desde lejano retiro el dulcísimo cielo de la patria... luego se halla distante y acaso desterrado de ella, todo lo cual nos allana el camino para venir en conocimiento de quién sea tan sabio y elocuente publicista.

CARTA

DE UN PERSONAGE ILUSTRE

AL PRÍNCIPE

DE METTERNICH.

De la misma manera y en el mismo tono en que escribís al que acaba de ser exonerado de uno de los mas brillantes destinos con que se honran las cortes europeas, me dirijo, no al ministro del Austria y al ilustrado publicista que tiene suspendida en la diestra la balanza

política, sino al sabio que me distinguia con su amistad, y al amigo que se digna tomar parte en las aflicciones de mi espíritu. No creais que la pérdida de alto y poderoso empleo cause tal trastorno en mis potencias, que les quite el gusto de discurrir en orden á los grandes acaecimientos de que en la apariencia depende la suerte de las naciones; pero os confieso que se halla cierto principio de reputacion y amor propio en sostenerse uno en el puesto que decorosamente ocupaba, y en continuar dando á los hombres raros egemplos de lealtad y rectitud.

Al ver no obstante que vivi-

mos en un siglo en que descienden los soberanos del solio cuando por inadvertencia ó esceso de patriotismo chocan con las opiniones de sus vasallos, es fuerza mirar filosóficamente la desgracia de un ciudadano oscuro, que figuraba en noble círculo sin otro mérito que la honradez, sin otro talento que el deseo de la prosperidad de su patria. Al fin la caida de un ministro es un acontecimiento natural, pero la de un soberano un suceso ruidoso y poco comun: baja el primero de su silla sin que lo echen de ver los hombres ni se trastorne la marcha de los negocios, mientras el otro no

puede ser despojado de la púrpura á menos que se levanten los pueblos y se oigan en sonoro tropel las defensas de sus amigos, y las represiones de sus acusadores. Si al consultar las páginas de la historia tropezamos con el último monarca de famosa dinastía arrebatado con violencia del solio, ó reducido á llevar una vida indecorosa y errante por la tierra, tributamos á su desgracia pasagero movimiento de compasion, y hacemos de ella saludables aplicaciones á la incertidumbre de las cosas humanas. He aqui las emociones que escita en mi pecho harto sensible la lectura de las

catástrofes que pusieron término á los dias de Carlos I y de Luis XVI: he aqui las angustias que despertaron en mi corazon los últimos momentos del reinado de Carlos décimo.

Desvanécese la idea de mi infortunio ante los desastres de tan esclarecidos reyes; y aunque conozco habrá muchos que me acusen de haber gobernado mal, y no tener el teson suficiente para dar impulso á mi sistema político, llevo en lo íntimo de mi conciencia el saludable convencimiento de haber obedecido siempre á sentimientos de fidelidad y á principios de rectitud.

Hay en cada siglo un obgeto

predilecto que llamando la atencion de las gentes las arrebata á ideas mas ó menos incendiarias y peligrosas. Los monarcas que tienen la suerte de reinar cuando los hombres se hacen la guerra en los teatros de las universidades, ó en las columnas de los periódicos, pueden adquirir á poca costa el renombre de prudentes y sagaces. Pero aquellos reyes que se han sentado en el solio en épocas tumultuosas, teniendo que luchar á brazo partido con el embravecido huracan de irreconciliables bandos y eternas disensiones políticas, han trabajado en balde para reconciliar los ánimos y templar las

iras de los descontentos. Apenas se oye la voz del partido que los defiende mientras repiten innumerables ecos el clamor de los que denigran su opinion con el objeto de medrar ó de hacerse célebres: apenas se hace alto en los rasgos de valentía y penetracion que los distinguen, al paso que se complacen las gentes en publicar muchos que prueban mal corazon ó imbecilidad pusilánime. Acuérdome que en los primeros dias del reinado de Carlos X, decíanle, comparándolo á Enrique IV, que, asi como (*) este buen rey, estaba

* Journal des debats.

destinado por el cielo á sufocar la hidra de la discordia; y no ha faltado despues quien haya dicho que solo se asemejaba al irresoluto cardenal (*) de Borbon, que tan breve y desairadamente reinó con el mismo nombre de Carlos X en los tiempos de la liga, harto semejantes por cierto al período en que vivimos.

Pero dando de mano á estos preliminares, y atendiendo al principal obgeto de la Carta, que me habeis dirigido, no tengo dificultad en manifestaros lo que pienso acerca del estado pre-

* Le Constitutionnel.

sente de los negocios políticos, y la suerte que auguran á los pueblos de la Europa. Desde que varios escritores del siglo pasado se valieron de artificiosa filosofía para destruir la sencilla y virtuosa ignorancia de las gentes, ignorancia que las hiciera vivir contentas con su suerte sin envidiar la que veían resplandecer en otros de superior gerarquía, desencadenóse una desmedida ambicion, las personas mas ineptas se juzgaron aptas para alcanzar altos destinos, y se aborrecieron las artes mecánicas, y se despreciaron como denigrantes ocupaciones de Ilotas los útiles afanes del laborio-

so agricultor. Muchos abandonaron los campos para vivir en las ciudades, é infinitos padres de familia en vez de inclinar á sus hijos al cultivo de las artes con que se honraron sus mayores, dedicáronlos á carreras científicas por el ambicioso deseo de verlos desempeñar en las grandes poblaciones empleos que les abriesen la puerta á numerosas concurrencias y al palacio de los grandes. La revolucion de Francia acabó de generalizar este desorden imbuyendo á los hombres las máximas de figurar y representar en el teatro del mundo el brillante papel, que solo representaran hasta entonces aquellos

cuyo nacimiento ó admirables talentos los llamaban á las primeras dignidades de la república. Verdad es que en los estados generales y en la asamblea constituyente se tuvo algun respeto por las aristocracias de la cuna y del saber; pero muy luego se desvaneció ese fantasma del antiguo orden, quedando dueños del campo los puñales de los que desacreditaban con su intolerancia (*) la misma causa que quisieron ensalzar, y la sanguinaria elocuencia de Marat y Robespierre.

Entre tanto muchos alimenta-

* Los Jacobinos.

ban en el egército el secreto deseo de elevarse por medios aunque no tan violentos como la osadía y el terror, igualmente eficaces para entronizar al que pudiese hacer alarde de cualidades mas brillantes y ventajosas. Bonaparte fue entre todos ellos el que dió pruebas de mas talento y sagacidad: sus palabras y sus victorias deslumbraron la nacion y la sometieron bajo su espada con la misma facilidad que subyugó Julio César el orgulloso pueblo de la capital del mundo. Este egemplo y otros del mismo jaez, si bien menos notables que el que acabamos de citar, llevó al egército el pro-

pio contagio que causaron las reformas en el pueblo: los militares que se habian mantenido sobrios y moderados durante el ominoso reinado de los triunviros, aspiraron primero á las condecoraciones y á los timbres de la gloria, y despues á las riquezas, á los títulos y á las comodidades superfluas de la holganza. El mismo Bonaparte contribuyó á fortificarles en este deseo repartiendo condados y coronas ducales entre los que le habian acompañado á sus famosas y militares espediciones. ¿Por que quiso pervertirles entregándolos á la molicie y á los placeres? ¿por que dejó habitar

en soberbios alcázares á los mismos á quienes negara una tienda de campaña en las nieves de San Bernardo y en las arenas abrasadoras del Egipto? El necio afan de adularse á sí mismo rodeándose de una aristocracia que diese magestad y decoro á la púrpura imperial, hizo cometer á tan célebre adalid igual desacierto al que diera en tierra con el portentoso valor de las legiones de Aníbal. Asi es que cuando pasados algunos años se vieron sus opulentos generales en la alternativa de conservar sus dignidades y tesoros, ó ser fieles siguiendo las huellas del ilustre varon á quien acosaban

á la vez todos los monarcas de Europa, prefirieron el partido de abandonarle como mas conforme al voluptuoso descanso y lujosas necesidades á que se habian acostumbrado.

Lanzado Napoleon del trono de Carlo Magno vió lucir la Francia benéficas auroras de restauracion y tranquilidad, mientras el brillante usurpador devoraba su humillacion y despecho en las rocas de Santa Elena. Alli pagó con perpetuo destierro el haber abusado de sus prodigiosos talentos y de las cualidades verdaderamente grandes que lo ennoblecian. Pero no se remediaron por esto los gravísi-

mos males que causaron á la nacion los tumultos de la república, la brillantez del consulado y el esplendor escesivo del imperio. Era el peor de ellos una muchedumbre holgazana, ambiciosa y aventurera, alhagada con el pestífero aliento de largas guerras y disensiones civiles, á un mismo tiempo contraria al bando realista y al partido liberal, sin mas recurso para dar pábulo á depravadas costumbres, que el de medrar á la sombra de los desórdenes que ocasiona á la patria el negro torbellino de tales desavenencias. El blando y benéfico tacto de Luis XVIII, su afabilidad prudente, su cle-

mencia paternal, y aquel espíritu regenerador con que ya le distingue la historia, tan á propósito como el del patriarca Noé para dar la paz á los hombres despues de los estragos del diluvio, no pudieron conjurar esta plaga, que iba amenazando á lo lejos la tranquilidad del estado. No hay duda en que renació la aficion al trabajo, y volvieron las gentes á reanimar el comercio, cruzando remotos mares y dando impulso á la industria en los talleres; mas no se disminuía sin embargo el nubarron de ociosos, antes bien se iban aumentando con los que emigraban de otros paises, y habian visto trun-

cadas sus carreras de resultas de las últimas guerras en que ardiera la Europa.

Advertid, amado príncipe, que os trazo rápidamente el [illegible] histórico del presente [illegible] dejarme llevar de un [illegible] espíritu de partido, sin [illegible] á la culpable pretension de erigirme en árbitro de las diferentes opiniones que han reinado, sin tener en una palabra otro obgeto que fijar las bases [illegible] tecedentes que deben servir de apoyo á las verdades tan [illegible] como importantes, cuya esplicacion me pedís en el estimable escrito á que contesto. Sentado este principio, y no llevando otra

mira en mi breve bosquejo que la de una lógica tan rigurosa como exacta para llegar á las interesantes consecuencias que me propongo, diré que al- [illegible] europeos, que andaban errantes por el conti- nen[illegible] la sombra del ministerio británico, se [illegible] á los ociosos que mas arriba cité, á fin de com- batir en Francia la dinastía rei- nante.

Tal vez me preguntareis cual era la razon por qué no se diri- gia [illegible] el gobierno inglés con preferencia al gabinete de [illegible] pero ademas de ha- [illegible] insinuado que su ob[illegible]

caía en los sucesores de Luis XVI, por haber sido los que exigian con mayor ahinco de sus vasallos que se pronunciasen abiertámente, ó escogiesen una profesion util, hay otros motivos que no se ocultan á vuestra profunda política. ¿Como habian de fraguar una revolucion en Inglaterra cuando la union íntima de las clases y el poder de la aristocracia oponen siempre robusto dique de hierro á las aclamaciones y alborotos de un puñado de sediciosos? ¿y que sacaran de enarbolar alli el estandarte tricolor cuando existe en las aguas el verdadero poder de aquella potencia marítima?

En Inglaterra hubiera sido necesario alborotar sus diversas colonias, y recorrer los mares desde polo á polo á fin de seducir la tripulacion de cada navío, empresa demasiado vasta y espinosa para gentes de pocos recursos, y sin mas medios que los de un valor á toda prueba, ó los de una ambicion que nunca se sacia. En Francia por el contrario bastaba levantar el grito en París para que resonase en las provincias y fuese repetido con igual entusiasmo en todas ellas. Inutil seria ponderar lo mucho que hizo el gobierno y detenidamente meditó á fin de acallar sus resentimientos sin

derramar sangre ni causar en el estado el mas leve trastorno: su obgeto era desterrar á los malévolos, á los incorregibles, inclinar á los hombres de buena fé al orden establecido, y convertir en beneficio de su sistema político la valentía y los talentos que resplandecian en ellos. Al mismo tiempo trataba de restituir á la nobleza de la Francia el distinguido aseendiente que tuviera en los reinados célebres de Carlo Magno y Enrique IV, y dar por este medio mas decoro al cuerpo de la nacion, mas gravedad y cordura á las providencias de sus tribunales. Si el ministerio frances no ha visto

realizadas unas intenciones de que se honra, y si el premio de las vigilias de Carlos X ha sido bajar rápidamente del solio, que durante tantos siglos ennoblecieron sus abuelos, tienen grabado á lo menos en lo íntimo de su pecho el consolador convencimiento de que el bien de los pueblos fuera el único blanco á donde se dirigian sus afanes.

A estas causas privadas de la desgracia de Carlos X pueden añadirse otras mas universales é importantes. La muerte de Jorge Canning cortó los vuelos á los que se prometian de los talentos de aquel ministro el establecimiento de un sistema de-

mocrático en todos los estados de la Europa. Ignoro hasta qué punto pudiesen razonablemente contar con la cooperacion de tan célebre publicista; pero sé de cierto que sus ideas eran harto humanas y filosóficas para querer dar á los hombres cualquiera gobierno que fuese contrario á la sana razon y á la buena moral. Acaso deseara Jorge Canning estender en todos los puntos del globo los beneficios de la legislacion inglesa, si esto hubiese sido compatible con la diversidad de usos y con la varia influencia de los climas; mas como no se ocultaban á su penetracion estas poderosas razones, y

sabia mejor que nadie que un gobierno para labrar la felicidad de una nacion es preciso que esté armoniosamente combinado con sus ideas, pasiones y costumbres, no me puedo persuadir que se erigiera en agente de los que parecian maquinar en secreto ominosos planes contra las dinastías reinantes. Sin embargo para servir á su nacion, para sostenerla en el caracter dominante que desde tantos años la distingue en la balanza europea, abrió profunda mina que socavase los tronos del continente. Llenóla sagaz y artificiosamente de los ponzoñosos elementos de revolucion esparcidos

por el globo, hinchéndola de este modo de materiales combustibles, y reservándose el terrible derecho de pegarles fuego para amedrentar á los demas soberanos. Asi es que de su silla ministerial enseñábales la humeante mecha, que empuñaba con la diestra, siempre que era preciso aterrarles á fin de hacer salir airoso y triunfante el pabellon británico.

Estos planes eran profundos, osados, terroríficos, nada conformes es verdad á los principios de rigurosa justicia; pero muy dignos de un ingenio sutil, de un entendimiento vasto, y análogos sobre todo al sistema po-

lítico adoptado y constantemente seguido por el gabinete de San James. Ellos revelaban los partos del hombre profundo que dirigia aquel ministerio; ellos absorvian toda su intencion, y en ellos resplandecia el admirable fruto de sus largas meditaciones. En vez de prostituirse como han supuesto algunos, en vez de envolverse en las sombras del misterio para echar mano de medios indignos de su talento, estudiaba cautelosamente la marcha de las naciones, el modo de oponerse á ella, ó de darle una direccion conveniente á sus miras por medio de astutas negociaciones diplomáticas, cuyo resulta-

do no pudiesen prever los gobernantes, á fin de que no burlasen el lazo que les tendia. En balde iba secretamente cundiendo el fuego voraz de la revolucion, no reventaba el volcan, el genio de la discordia no alzaba descaradamente la cabeza, porque siendo Jorge Canning el único que podia desencadenarlo, conveníale por entonces mantenerlo aherrojado y cautivo, de la misma manera, y llevando igual objeto al que se propuso cuando aprisionó á Bonaparte en los ámbitos de una isla desconocida. He aqui los admirables recursos de que echó mano al efecto de presentarse ante los monarcas de

Europa como el verdadero Eolo que podia envolverlos en furiosas tempestades si tratasen de irritarle oponiéndose abiertamente á sus designios. Nadie ha concebido un proyecto tan audaz, ni lo hubiera llevado á cabo con tanto arte y osadía: la Europa entera hubo de humillarse á las plantas de un hombre particular, que no con egércitos y armadas, sino con sola su prevision política en el gabinete y su varonil elocuencia en el parlamento, se hacia mas terrible á las naciones, que el poder colosal del emperador Alejandro (1).

Habiendo corrido el velo á estas recónditas verdades, y ma-

nifestado en pocas líneas las misteriosas causas de la situacion de la Europa cuando subió Carlos X al trono de Luis XIV, ya os es facil conocer el motivo de hallar asilo en Inglaterra los que por opiniones políticas abandonaban sus hogares, aun cuando no hubiesen resplandecido en su conducta pública las virtuosas cualidades que distinguen al hombre de buena fé de otro que vocifere y alborote llevado de un pernicioso egoismo ó á impulsos de un espíritu anárquico. Harto sabeis que las reclamaciones hechas por los ministerios de la Santa Alianza contra semejante comportamiento se estrellaron

en las sutilezas del gabinete inglés, que contestaba á ellas con las mismas artes y cláusulas de dudosa interpretacion que hicieron en otro tiempo famosos á los discípulos de Aristóteles. Unas veces indicaba la benéfica mira de reunir dentro de las islas británicas todos los exaltados de Europa para que no turbasen la paz del continente, manifestónos despues que el modo de aplacar su descarriada fantasía era destinarlos á remotas colonias ó embarcarlos en sus numerosos bageles, y díjonos últimamente que los pensionados y protegidos por la Inglaterra debian semejante indulgencia al esfuerzo de que

dieron muestras en la guerra de la península contra Napoleon, guerra considerada tambien por los ingleses como lucha nacional á causa de tener su resultado una influencia decisiva en el destino de aquella potencia.

Los partidarios de las ideas democráticas vislumbraban en esta conducta de Jorge Canning la fundada esperanza de ver triunfar cuanto antes sus opiniones en toda la extension del continente. Sea por falta de datos, sea por escasez de talentos, ó porque les cegase la ilusion de la victoria, nunca descubrieron en la marcha artificiosa y profunda del ministerio británico el maquia-

vélico espíritu de una diplomacia *sutil*, *concebida* y puesta en planta para tener á raya, como he dicho mas arriba, á todas las potencias europeas. Manteníanse los hombres en continua vigilancia, hablábase en todas partes de la nueva revolucion que debia estallar dirigida por el mas sabio publicista de nuestro siglo, y publicábanse folletos, aumentábanse las habladurías, reuníanse las gentes y notábanse en fin todos los síntomas que precedieron en Francia al trastorno del año 1788. En este estado de crisis resuena en toda Europa el grito de la muerte de Canning, y suspéndense momen-

táneamente los vastos proyectos, cuyo resultado creian tocar con la mano los que contaban con ellos para labrar su fortuna ó dar rienda á las venganzas.

El sabio ministro no tuvo quien pudiese reemplazarle en su brillante destino. Facil era arrancar la mecha de su mano moribunda y continuar amenazando con ella á los demas gabinetes del globo, pero dificil pillar el hilo con que penetraba Canning sin confundirse en el intrincado laberinto de sus propios planes, é imposible poseer los admirables recursos con que hallaba oportuna salida para alucinar á unos, espantar á otros

y persuadir á todos. Desde aquel momento mudóse la faz de los negocios: al gobierno ingles le fue menos espinoso cambiar totalmente la marcha de su ministerio, que hallar un ingenio capaz de dar ìmpulso á los elementos que el anterior ministro supo á fuerza de arte reunir y combinar. Pero existian los materiales combustibles sin que ya existiese la mano habil que pudiese neutralizarlos: el terrible volcan no obedecia al que supiera contenerlo ó hacer que estallase sin peligro, y asi es que reventó por varios puntos con cierta falta de sistema que se está echando de ver en las con-

mociones políticas del año 1830 y 1831.

En balde conociendo el gabinete de Francia el peligro que le amenazaba y habia aumentado la misma muerte de Canning por hallarse con ella desencadenada y suelta la hidra de la revolucion, trató de seducir á sus guerreros y llamar la atencion general de los franceses hácia las esplendorosas ilusiones del honor y la gloria, ilusiones que han sido siempre para ellos como la varilla mágica que los ha desencantado despertándolos de vergonzoso letargo, ó desvaneciendo de sus pechos el negro afan de las disensiones políticas.

Para esto envió á la Grecia valerosas legiones que fijasen el lábaro donde se ostentaba la media luna, al mismo tiempo que el cañon de Navarino amedrentaba á los mahometanos del Asia anunciándoles el esfuerzo y la pericia de nuestra naciente marina. Los laureles recogidos en tan rápidas cuanto famosas espediciones produgeron hasta cierto punto el ventajoso resultado que se proponia el gobierno; y á fin de reanimar los ánimos hácia la gloriosa ambicion que ya infundian preliminares tan felices, abrazóse fervorosamente la ocasion de romper con el Bey de Argel, y borrar aquella gua-

rida de piratas del mapa político.

La Europa entera vió con placer y tal vez con desconfianza los soberbiós armamentos que hizo la Francia arrastrada de este laudable proyecto: el viento llevó rápidamente sus bageles á las negras costas del África, que habian sido la tumba del rey D. Sebastian, la desesperacion de Carlos V, el vano empeño del poder de Luis XIV, y los pueblos cristianos, asombrados aun con el triste recuerdo de estas derrotas, temian con sobrada razon que se volviese á estrellar en los muros argelinos todo el orgullo de la primera potencia europea. Cuan-

do despues de breve período vieron flotar la bandera blanca en las altas torres de aquella ciudad de corsarios y bandoleros, no hubo un solo cristiano que no llorase de agradecimiento, contemplando para siempre destruida la tenebrosa morada de las aves de rapiña, que traían indecorosamente amedrentadas cuantas naves atraviesan el estrecho de Hércules. ¿Que os diré, amado Príncipe, del entusiasmo que despertó en los franceses el eco de tan célebre victoria? ¡Ah! yo creí por un momento triunfar con el prestigio de este suceso de las disensiones civiles, y no me acordé de que existiese el

volcan preparado por Jorge Canning, y mucho menos de que hubiera muerto el hombre grande que podia derramar en su crater las nieves suficientes para aplacar ó eludir su furor. Figuróse asimismo el augusto monarca de Francia que aquel era el instante de dar perpetua paz á sus pueblos, y arrojóse en la arena con una osadia digna de la santa causa que iba á defender, émula del paternal amor que le inspiraban sus vasallos.

¿Cual fue el resultado de tales tentativas? Interpretáronse siniestramente sus intenciones, atribuyóse á espíritu de partido lo que era desinteresado celo por la re-

ligion y el bien público, é hicieron bajar del trono á un anciano, próximo á descansar en la tumba, sin darle el consuelo de que viese subir á él á su hijo ú á su nieto.

He aqui el primer estallido del volcan: su fuego eléctrico cundió rápidamente por la Europa, y dentro de muy poco tiempo vomitó nuevas llamas en la Bélgica. Los varios elementos de combustion preparados por Jorge Canning corrieron á dar impulso á estos rompimientos, sin descuidar en manera alguna que hubiese otros del todo semejantes en los demas estados. So color de un celo patriótico, ó

de un espíritu de filantropía, se ha visto á estos hombres lanzarse al estrepitoso carro de la guerra civil, y despues de haberlo bulliciosamente arrastrado por las calles de París, precipitarse con él en las industriosas provincias de la Holanda.

¿Quien será capaz de pintar las desagradables escenas, calcular los males y poner en su punto los funestos resultados de esta nueva publicacion de los arriesgados principios que sirvieron de base á la asamblea constituyente, que dictaron los discursos de la convencion, y prepararon el ensalzamiento de Bonaparte? Por desgracia aun no nos es posible

vislumbrar el término de tantas calamidades, y no queda otro recurso que dejarnos arrebatar del huracan hasta que alguna de sus oleadas nos lleve á la felicidad, ó nos estrelle contra ásperas y desconocidas riberas. Decidme sino ¿que tranquilidad pueden prometerse los hombres cuando miran levantarse la Polonia, acometidas las fronteras de la península, blasonar de heregía á los súbditos del papa, y alzarse al propio tiempo los católicos de Irlanda? Y al echar una triste ojeada sobre este ruidoso cuadro, ¿dejareis de convenir conmigo en que tales llamaradas no son mas que chispa-

zos de la grande hoguera preparada por el admirable talento de Canning, hoguera que arde despues de su muerte sin direccion ni freno? Inutil y por demas considero el detenerme en enumerar las considerables pérdidas que podrian sufrir en medio de este rio revuelto las virtudes sociales, las máximas de la religion y los preceptos de la sana moral, si la cordura de los pueblos y la sensatez de los gobiernos, unido á la esperiencia de cuanto sufrieron desde últimos del siglo pasado, no les hiciese conocer palpablemente las ventajas de la union y los perjuicios de la discordia. Conven-

go en que la España manteniéndose tranquila en medio de estos desórdenes es egemplo que consuela, y que promete al hombre de bien algun rayo de esperanza para lo sucesivo; pero no debeis dejarla abandonada á sí misma, sino cooperar á que sostenga en el mundo el caracter virtuoso y enérgico de que ha dado honrosa prueba en el año borrascoso que acaba de espirar. Si obraseis con ella cual hicieron las potencias europeas en la célebre lucha que sostuvo contra Napoleon Bonaparte, conocereis el error de esta medida asi que el temporal se generalice en términos que ya no os sea facil burlar su iracun-

da saña. En la peninsula se han discutido en todos tiempos con las armas las cuestiones mas importantes para la tranquilidad europea, y un famoso publicista anunció en los primeros dias del reinado de Carlos X (*), que tambien se discutiria en su territorio el gran problema político que tiene dividido el mundo. Acostumbrados los pueblos á ver como se decide en aquella gloriosa arena si ha de reinar sobre ellos Roma ó Cartago, Julio Cesar ó Pompeyo, el Islamismo ó el Evangelio, la Inglaterra ó Bonaparte, nada estraña-

* M. de Chateaubriand.

rán que en última apelacion se resuelva alli mismo si han de establecerse en las naciones las eternas bases de una política moderada y paternal, ó las bases poco estables de una democracia aunque brillante desa- *sosegada y turbulenta.* Por lo menos hay una ventaja en que sea la España el teatro donde se lleven á cabo tan considerables contiendas: tal es la confianza que inspira el caracter grave y sesudo de los españoles, los cuales aman por instinto el orden social, la antigüedad de las dinastías y el hermoso cielo de su patria. Si algunos particulares han de erigirse en árbitros de

esta disputa, diré que se escojan de entre las academias sábias de la Inglaterra y la Francia; pero si en razon de la celebridad y universales consecuencias de cuestion tan ardua es preciso que todo un pueblo sentencie en ella, doy mi voto al pueblo español tan confiadamente como lo daria á recto y sapientísimo magistrado. Convengamos, amado Príncipe, en que el pueblo que ha vivido á mas largo trecho del crater de las conmociones políticas, el pueblo que se halla unido por el vínculo sagrado de una misma religion, y no tanto aspira á las vanidades del mundo como á las recompensas del

cielo, es un fenómeno de virtud en el siglo en que vivimos, y semejante á un venerable anciano de los tiempos antiguos, á quien no pueden seducir ni deslumbrar las esplendorosas é insubstanciales teorías de las naciones modernas.

Con esta pintura exacta á la par que curiosa de los resortes que han puesto en movimiento los estados europeos en los últimos años, y con la relacion de los primeros efectos causados por ellos durante el de 1830, ya se puede fácilmente augurar cual será el empeño de la lucha que parece va á terminarse en el de 1831.

No hay duda que seria sangui-
naria y terrible como fuese me-
nor el número de los hombres
de bien y de los que estan har-
tos de guerras y disensiones ci-
viles. La misma Francia que le-
vantó la primera el estandar-
tricolor parece mas inclinada á
las negociaciones diplomática
que al choque de las bayonetas
y si se considera que el adelan-
to de sus artes estriba en la con-
tinuacion de la paz, que la In-
glaterra y la Rusia se hallan
sobrado comprometidas consigo
mismas para hacer la guerra á
otras potencias, y que la Espa-
ña ha dado casi sin pretenderlo
la leccion mas juiciosa y opor-

tuna á los pueblos de la Europa, puédese alimentar con bastante fundamento la esperanza de que ninguna de las naciones beligerantes levante esa corona de la Bélgica, arrojada entre ellas como la famosa manzana de la discordia. Se me dirá tal vez que la paz es una quimera por cuanto la guerra civil no ha terminado aun: convengo en ello: solo suplico que se tome en consideracion que tales luchas cuando son muy duraderas presentan diversos períodos: tiempos de terrorismo, de aborrecimientos, de falso esplendor, y por *último de reconciliacion* universal. Voltaire y Rousseau

eran dos filósofos de la misma secta, y sin embargo apenas tienen puntos de contacto ni en sus sentimientos ni en sus escritos. El uno se mofaba pérfidamente de los hombres al mismo tiempo que hacia los mayores esfuerzos para grangear sus aplausos, mientras el otro huía de ellos considerándoles en el delirio de su criminal misantropía incapaces de estimarle é indignos de merecer su aprecio. ¿Y no figuraron en una revolucion misma Napoleon y Robespierre (2)? ¿no desearon entrambos egercer un dominio absoluto y ocupar el mismo trono de que arrojaran á Luis XVI (3)? Con

todo el uno capitaneaba á miserable horda de terroristas, á cobardes asesinos, y marchaba el otro con brillantez al frente de espléndidas legiones.

Estudiemos, amado Príncipe, las caprichosas faces de la revolucion de Francia, y no nos será dificil prever la marcha de los negocios, aunque lo sea fijar el término de verlos enteramente concluidos. Siendo la historia la verdadera brújula de los publicistas, debemos meditar la de los últimos tiempos para juzgar los pueblos cual existen en el dia, puesto que las pasiones toman otro giro y los hombres diverso movimiento á medida que las

costumbres y las vanidades del siglo les imprimen otro caracter, y les hacen esclavos de nuevas inclinaciones y fanatismos. Ruego á los que se empeñen en desconocer estas verdades profundas que me digan, si por los habitantes de Roma moderna les seria facil venir en conocimiento de los varones ambiciosos y pujantes que poblaban Roma antigua (4).

Y entre tanto que seguis contribuyendo con el manejo habil que os es peculiar á que los preparativos de guerra que hacen las naciones en vez de contribuir á desunirlas sufoquen las delirantes teorías de los de-

mocráticos, y fijen y sostengan el admirable equilibrio de la balanza europea; haré votos desde la oscuridad de mi retiro, á fin de que derrame el cielo sus bendiciones sobre vos, y mire con ojos benignos á los que trabajan para que no se rompan los preciosos vínculos del orden social. Si algun rato os dejaran libre vuestras tareas, ó necesitais de un desahogo para volver con mas teson á emprenderlas, acordaos de este infeliz que os profesa en su desgracia una amistad tan sincera, como la que os manifestaba rodeado de las importantes atribuciones de un poderoso destino. Facil era á los hombres

arrancar de mis trémulas manos el símbolo del poder ministerial; pero no lo habrá sido hacerme del todo desdichado, si continuais manifestando el mismo aprecio al que partiera con vos en otro tiempo el honor de mantener el orden en Europa, y dar á las naciones auroras de ilustracion, prosperidad y bonanza.

NOTAS DE LA CARTA.

1.ª

No desagradará á nuestros lectores leer la siguiente produccion de M. Canning, *escrita con motivo de la muerte del ministro Pitt, para poder formar idea de su talento poético.*

Cuando cesa el bramido del huracan que embravecia los mares, cuando huyen al impulso de blandos céfiros las nubes qne encapotaban el cielo, y desvanecióse el peligro, y renació en los corazones el bálsamo consolador de la esperanza, ¿dejaríamos de manifestar el debido ho-

menage de sincera gratitud al piloto que acaba de salvarnos?

¡Ah! en ningun tiempo se diga que hayamos sido ingratos á tan señalado beneficio. Arrástrese enhorabuena la lisonja á los pies de los magnates, levanten las facciones hasta el cielo los ídolos por que derraman su saingre... yo estoy seguro de que los hombres verán con mayor complacencia el tributo del agradecimiento dedicado al varon que se ha hecho mas célebre aun por su patriotismo, que por los sutiles recursos de su ingenio.

La Inglaterra no puede dejar de ser fiel á la memoria del sabio mi-

nistro, del orador elocuente y del habil publicista á quien miraban con envidia las demas naciones: de aquel magistrado á quien nunca sedugeron las ofertas de los reyes, ni tampoco amedrentaron sus amenazas y egércitos.

La Inglaterra no puede olvidar, que cuando el terror y la anarquía devastaban el hermoso suelo de la Francia, y solo medraban en él los saqueos, la violencia y las venganzas, sostuvo sobre sus hombros colosales la fortuna y la prosperidad de su patria, é hizo que semejante al arca de Noé anduviese flotando libre y orgullosamente en medio del *naufragio universal.*

Gozamos sin zozobra ni agradecimiento del blando calor del sol mientras brilla magestuoso sobre nuestras cabezas, y asi que se oculta entre los montes ó en la cristalina llanura de los mares, contemplamos con melancólico interes las ya desmayadas tintas con que embellece el horizonte.

De la misma manera cuando brillabas, ó Pitt, en el colmo de tu grandeza, disfrutamos sin casi agradecerlo del beneficio de tus virtudes, de la celebridad de tus talentos, y solo conocimos el inapreciable valor de tu alma grande cuando hemos visto eclipsarse la penetrante lumbre de tus ojos.

Recibe pues por los peligros que con sagacidad disipaste, por las desgracias á que supieron hacer frente tu valor y tu constancia, por el trono en fin que á fuerza de afanes incalculables pudiste afirmar y engrandecer, recibe las acciones de gracias de un pueblo entero que te aclama su sosten y libertador.

¡Ah! no pocas veces en medio de nuevas tempestades recordaremos al sabio piloto, que salvó la gran Bretaña de los que mas cruelmente la agobiaron desde que triunfó del poder colosal de Felipe II.

2.ª

(*) Si Rousseau, á pesar de su alma inquieta y de su imaginacion ardiente y sombría, hubiese sido capaz de hallar la felicidad, la encontrara en el delicioso retiro de Montmorenci. La inclinacion á la soledad, si hemos de creerle á él mismo, érale inspirado por aquel feroz é indomable espíritu de independencia que los honores, la reputacion y la fortuna no pudieron jamas vencer. »Confieso, dice en una de sus obras, que este deseo de hallarme independiente tiene mas bien su origen en mi pereza habitual que en ningun mo-

* Mr. Delille en su poema de la Imaginacion, nota undécima al canto sexto.

viniento de orgullo. Todo la alarma, todo la incomoda, y le son hasta insoportables los mas insignificantes deberes de la vida civil. Un recado que tenga que dar, una carta que haya de escribir, una visita que me sea necesario hacer son suplicios para mí desde que existe semejante necesidad. He aqui porque la amistad íntima y verdadera me es tan dulce, aunque el trato de los hombres notablemente odioso. Estos exigen mil etiquetas y fastidiosas tonterías, cuando aquella no impone mas ley que dar libre rienda á las emociones del corazon. He aqui tambien porque he desdeñado siempre los beneficios: el beneficio supone agradecimiento, y la gratitud me es enojosa desde que se convierte en deber. En fin para esplicar á mis

lectores de una vez estas sutiles contradicciones de mi espíritu, acabaré por decirles *que la felicidad que busco no consiste tanto en hacer lo que yo quisiera, como en dejar de hacer lo que no me cumple.*"

Esta felicidad de una alma caprichosa, pensativa y melancólica pudo hallarla este reprehensible filósofo, segun ya hemos dicho, en los vergeles de Montmorenci. Las oficiosas atenciones de una amistad suave y delicada dulcificaron el sombrío frenesí de aquel hombre lleno de contradicciones monstruosas, hombre á la vez civilizado y salvage, bárbaro ú sublime, religioso y ateo, ignorante é instruido. En aquel retiro se acercó efectivamente al género de dicha á que aspiraba, segun se colige de la celebrada pintura del poeta de la

imaginacion (*), cuando lo describe errando por aquellas selvas y aromáticos jardines en los siguientes versos *llenos de encanto y deliciosa armonía:*

»Veux-tu le voir? regarde: il est dans
ce bosquet
Un virgile à la main, comparant en
secret
Le poete et les champs, l'art avec la
nature
Et, devant le modele, admirant la
peinture.
Pareil á ces oiseaux dont il entend
la voix
Comme eux, sans soin, sans geñe il
jouit de ces bois;

* M. Delille.

C'est pour lui qu'on traça ces belles promenades
Que s'etendent ces lacs, que tombent ces cascades.
Leurs seigneurs rarement en supportent l'ennui,
Les droits en sont pour eux, les delices pour lui...
Tel chez son noble ami dans sa belle vallée
S'emparant d'un bosquet, d'un berceau, d'un allée,
Sans soin, sans gens d'affaire, et partant sans sonci
Jean-Jacques fut souvent le vrai Montmorenci:"

3.ª

Acaso nada mejor que el siguiente diálogo para dar á conocer los principales rasgos que distinguian á Robespierre *de* Bonaparte. *Estamos bien persuadidos de que nos agradecerán nuestros lectores que le demos publicidad en el presente opúsculo.*

DIÁLOGO.

NAPOLEON: ROBESPIERRE.

ROBESPIERRE.

El taciturno aspecto, la frente meditabunda, los ojos penetrantes y andar misterioso, me indican que eres el alma de aquel célebre guerrero que acaba de descender á estas lúgubres mansiones.

NAPOLEON.

No cabe duda; fui guerrero, alcancé celebridad, y el mundo tembló bajo de mis plantas... y bien, ¿que pretendes de mí? ¿acaso que te refiera mis hazañas, y te entretenga algunos momentos con la relacion exagerada de mis triunfos? ¡Ay! ¡harto me pesa no haber hecho mejor uso de ellos!

ROBESPIERRE.

Y debe pesarte á la verdad. Antes que tus enemigos triunfasen de tí, y te arrastrasen á una isla desconocida hasta entonces, debias tener la complacencia de derramar toda la sangre de tu nacion. ¡Insensato! don-

de quiera elevabas templos á las artes y arcos triunfales, que perpetuasen el recuerdo de tus victorias, y estos monumentos cayeron vergonzosamente el dia en que caiste tú.

NAPOLEON.

Es un hecho que hermoseé la capital de mi imperio, y la llené por decirlo asi de mí mismo, porque en todos sus ángulos se reproducia la idea de mis conquistas: pero no creo que esto sea digno de reprension; pues ¿que podia elevar de mas grande en vez de aquellos admirables monumentos?

ROBESPIERRE.

Guillotinas.

NAPOLEON.

¡Infame! ya te conozco: esa espresion te caracteriza. ¡Como! ¿en la morada del remordimiento aun la sed de sangre enardece tus fauces? ¡Miserable! Vuelve si te es permitido á la tierra, y verás las ruinas de la época en que dominabas. Tu nombre es un nombre de execracion: tiemblan las naciones al pronunciarlo: ¿y osas albergar los mismos sentimientos? ¿Y á mi presencia *te atreves...*

ROBESPIERRE.

¿Y que respeto ha de causarme tu presencia? Tú debes humillarte ante la mia. Si Robespierre no hubiese

existido, Napoleon no hubiera sido emperador. Yo te abrí la senda para que subieras al trono. Al frente de *mis animosos partidarios espié el momento* en que las pasiones llegaron á su mayor grado de exaltacion, y apuré los recursos de mi elocuencia para familiarizarlos con la matanza. A mi voz caían todos mis enemigos, ó por mejor decir los enemigos de mi causa, porque yo jamas conocí deudo ni amigo. Tenia sobre todo un instinto particular para lanzarme á tiempo sobre mis víctimas. Quise igualar la especie humana moralmente y físicamente. Aborrecia la superioridad del talento, del valor ó de la virtud, y cualquiera que por tales medios se hacia entre los ciudadanos un lugar distinguido era arrastrado á la Guillotina. De esta manera proyec-

té un principio de nivelacion universal, que vosotros porque careceis de resolucion y energía jamas habeis llegado á comprender. Si yo hubiera existido no te aprovecharas vive Dios del fruto de mis sudores. Tambien cayeras tú... pero los hombres cuando no tienen quien los dirija se abandonan á cualquier aventurero.

NAPOLEON.

¿Que profieres, alma vil? ¡deberte á ti el imperio! ¡Oh! descendiera del solio si el mundo me hubiese hecho tamaña injusticia. Yo me atraje el amor de los franceses, y tú fuiste únicamente seguido de una feroz bandada de verdugos. La Francia conducida por mí reinó sobre toda la Europa, bajo tu mando se

asesinó cobardemente á sí misma. Yo participaba de la gloria de mis egércitos porque siempre marchaba á su frente, tú ni puedes decir que participaras de la de tus asesinos. Si reinaste en una palabra lo debes á la desaparicion de cuantos eran dignos del mando; si reiné lo debí al contrario á los esfuerzos de los sábios, á los deseos de los buenos ciudadanos, y sobre todo al valor y á la severa disciplina de mis soldados.

ROBESPIERRE.

Pues yo dominé en unos dias en que el solio tenia bien poco atractivo. Me bastaron un puñado de hombres, y á ti no fueron suficientes numerosísimos egércitos.

NAPOLEON.

Porque cuando tú dominaste el mando no era patrimonio del mas grande, sino del mas atrevido y sanguinario.

ROBESPIERRE.

Cierto: porque el ser sanguinario era un deber, una necesidad, una virtud. Tú tambien has derramado á torrentes la sangre de los hombres, y todo por adquirir el título de una gloria vana á que jamas aspiré. Y si cayó tu poder fue porque quisiste degollar á muchas naciones á un tiempo mismo. Cesa de engreirte, alma soberbia: en semejante morada nada vale la simu-

lacion. Ambos hemos hecho descender millares de espíritus á este imperio de las sombras: tú por un honor quimérico del que pudiste prescindir, yo por una necesidad que no pude desconocer.

NAPOLEON.

¿Y cual era esta necesidad?

ROBESPIERRE.

La de alzarme con el mando.

NAPOLEON.

¿Y que adelantaba la nacion con que mandaras?

ROBESPIERRE.

Tener un hombre enérgico é imparcial á su frente que procurase hacerla feliz.

NAPOLEON.

¡Hacerla feliz! ¿Con el principio de nivelacion tal vez?

ROBESPIERRE.

Sí: porque no hay otro que pueda salvar á un estado democrático. Si mis débiles sucesores hubiesen seguido mis pisadas jamas te hubieras elevado, y no ahogaras á tu placer la independencia nacional entre tus brazos. Un instinto particular ya te

daba á conocer en las filas donde te confundias: ya empezaba á advertir en tu frente sombría al futuro Cesar de la Francia... te salvaste porque antes de tiempo perecí...

NAPOLEON.

Y aun por esto se salvaria toda la especie humana. Tú mismo lo has confesado: el mérito era el delito mayor ante tus ojos, y he aqui porqué los varones mas ilustres, la flor de los hombres de bien y de los que amaban sinceramente la prosperidad de su patria perecieron bajo la sangrienta segur. Tienes la audacia de compararte á mí; pero el mundo ya ha sentenciado entre uno y otro. Mi nombre se continúa en el diccionario de los que se han hecho famo-

sos por su pericia y valentía, mientras el tuyo se halla como proscrito de la sociedad. En las circunstancias que me hallaba debia coronarme para la felicidad de la Francia. No lo dudes: tú estableciste la anarquía, familiarizaste al pueblo con el crimen horroroso de no respetar los vínculos de la amistad y de la sangre, y desde entonces la armonía social dejó de existir. Donde quiera puñales, donde quiera venenos, donde quiera preparativos de muerte y destruccion; ¿y para que tantos esesfuerzos? para asesinar al ciudadano indefenso, al inocente partidario de la ley, bajo cuyo nombre cometiais tan atroces delitos. Quisiste entronizar la independencia y entronizaste un fanatismo. Yo lo destroné lleno de laureles y á la frente de glo-

riosas bayonetas: quise mandar, pero no á fuerza de sangre: el cadalso no fue el baluarte de mi reinado, y respetando cuerdo las opiniones, llamé á mi alrededor á las virtudes y á los talentos, que tu presencia, cual astro maléfico, habia ahuyentado.

ROBESPIERRE.

Pero fuiste un usurpador, pero hollaste la tumultuosa ley que te habia engrandecido.

NAPOLEON.

El trono vino á ser la recompensa de *mis servicios*; y si *hollé* la misma ley, que me elevara, fue porque desde que comenzaste á hollarla ya no tenia leales amadores.

ROBESPIERRE.

Está bien: quiere decir que ambos la hollamos; quiere decir que para sostenernos derramamos mucha sangre, y que á pesar de esto caimos porque derramamos poca.

NAPOLEON.

No, malvado: no hay la menor semejanza en nuestra elevacion ni en nuestra caida. Yo me elevé en el campo de batalla: alli entre el estruendo de las armas me ceñí el laurel que anunciaba á mis sienes una corona imperial; y alli mismo, rotas y dispersas mis legiones, rodeado de enemigos menos generosos que yo, pero los únicos en mi siglo dignos

de rivalizar conmigo, hube de sucumbir á despecho de mi valor y de tantos años de victorias.

ROBESPIERRE.

Pero si en vez de desvanecerte al fin por el mezquino empeño de dictar leyes á la incendiada Moscow, te dedicaras á averiguar tranquilamente cuales eran tus enemigos dentro de la Francia para acabar muy á tu sabor con todos ellos...

NAPOLEON.

Hubiera reinado sobre cadáveres y sobre ruinas, y perecido á manos de un asesino tan vil y tan cobarde como fuera yo mismo. ¡Ay de aquellos que creen hacer duradero su

reinado exaltando á imitacion tuya las pasiones de los malvados, publicando una libertad quimérica, condenando el olvido de los resentimientos, y aplaudiendo el espíritu de animosidad y de venganza! ¡Ay de aquellos que una vez lanzados en el estadio de la guerra civil que han provocado sonrien ferozmente al sacrificio de cada hecatombe! Lucirá un dia en que la patria no tendrá que agradecerles sino su desolacion y su viudez. ¿Y querias que un alma generosa y sublime cual la mia diese cabida á tan miserables sentimientos? No me juzgues por ti mismo: como político, una vez sentado un plan, una vez tomada una determinacion, arrollaba cuantos obstáculos se atravesaban á la realizacion de mis proyectos; pero como hombre particular ama-

ba sinceramente á mis semejantes, y nada deseaba con tanto ardor como hacerlos para siempre venturosos.

ROBESPIERRE.

Pues entonces, ¿como no te dedicabas tan solo á labrar la felicidad de tus vasallos? Tu causa por muy próspera que apareciese al principio un dia se habia de trocar en adversa. ¿Que necesidad tenias de derramar sangre estrangera? Tus enemigos se alegraban en secreto de que les dejaras impunes. Cesa de acusarme y reconoce tu delito.

NAPOLEON.

Pero mi delito es el de los grandes hombres, y el que tú me aconsejas

el de las almas bajas y asesinas. Ademas que nunca me ocupé de esos enemigos interiores que me supones: los enemigos del emperador de los franceses eran los gabinetes de Austria, Rusia é Inglaterra. Debia vencerlos con mi talento y mi valor: á un tiempo mismo les hacia la guerra en el campo de batalla y en el círculo diplomático, y ellos por mucho que me odiaran, no podian menos de respetar al que con una mano destruia sus egércitos, y con la otra desbarataba sus planes. Se me acusará de ambicioso, de no haber perdonado medio para satisfacer ó halagar á esta pasion, de haber desmembrado muchos estados con este obgeto; pero ¿cual ha sido el conquistador de quien no pueda decirse otro tanto? ¿Y debia sentarme tranquilamen-

te en el trono y dejar en inaccion los mas aguerridos y brillantes egércitos que habia visto la Europa desde Carlos V? No por cierto: esto era dar lugar á que de nuevo se juntasen los partidarios de tu sistema insocial, y reuniesen los diversos elementos de discordia que aun existian, y pusieran á la Francia en combustion.

ROBESPIERRE.

La verdad es que ni tú ni yo debiamos reinar sobre un pueblo debil é inconstante, á quien en balde procuramos, bien que por distintos medios, hacer grande é independiente.

NAPOLEON.

No acuses á los pueblos. ¿No hicieron bastante en sufrirte por algunos meses? ¿No hicieron bastante en dejarse degollar por un fanático sin verdadero talento, sin ninguna virtud; dotado de una elocuencia feroz, que desplegaba sus recursos solamente cuando se trataba de guillotinar? Tu máxima terrible era que el asesinato habia de sostener al asesino, y la pusiste en egecucion durante la época funesta, en la que el campo quedó abandonado á ti y á tus satélites. Héroe para los unos, despreciable para los otros, nadie te conocia bien cuando empezaste á figurar: los primeros te consideraban harto bueno, los segundos te suponian poco malo:

pero cuando unos y otros pudieron contemplarte sentado muy á tu placer en el trono de la anarquía, huyeron á donde no alcanzase tu segur, ó se refugiaron al egército.

ROBESPIERRE.

Las circunstancias que rodean al que reina hacen á veces disculpables las medidas de rigor.

NAPOLEON.

Pero los grandes hombres, sin *traspasar los límites de la justicia*, saben triunfar de los peligros y burlarse de las circunstancias.

ROBESPIERRE.

Y tú que te tienes por hombre grande ¿has cumplido con semejante máxima?

NAPOLEON.

A lo menos lo procuré. Acaso no podré decir que la Francia fuese feliz bajo mi imperio, pero creo si *que nunca haya sido tan grande ni* tan poderosa. No habrá un solo frances algo instruido en los acontecimientos de la revolucion de su patria que no se horrorice al verte egerciendo con omnipotencia la dictadura, y no se entusiasme al leer las victorias de los intrépidos guerreros á cuya frente yo marchaba.

Y cuando la veraz historia resucite los elementos privilegiados que se enterraron con la revolucion, ó que yacen sepultados entre las ruinas de mi trono; cuando sin temor de ofender á ningun pueblo pinte con enérgico pincel los despreciables resortes que apresuraron tu caida, y la cadena de catástrofes que ocasionó la mia; te avergonzarás de figurar en un teatro mezquino, y en medio de la hez del pueblo, al paso que jamas deberé avergonzarme de que me coloque en el círculo que por tantos años y tan honrosamente recorrí, pues era el mismo donde se agitaban en noble concurrencia los primeros monarcas de la Europa. Y no me presenté en él para hacer ostentacion de la púrpura imperial, sino para usurpar una influencia de-

cisiva sobre las demas potencias, y acostumbrarlas á humillarse respetuosamente ante el pabellon frances. Por otra parte, atendiendo siempre á reparar los gravísimos males que habias causado, castigué los delitos, sufoqué los alborotos, destruí con el esplendor de mis conquistas el entusiasmo fatal por las ideas revolucionarias, al mismo tiempo que enseñaba á no condenar los contrarios pareceres, y me dedicaba á despertar un interes general que los atrajera hácia un mismo objeto. ¿Que le importa al pueblo vivir en el foro invocando los campanudos nombres de Atenas y de Roma, si le persiguen y le degüellan alli? Tales eran los frenéticos delirios que rodaban por vuestras miserables cabezas, que creisteis hacerlo dichoso á fuerza de re-

petirle que con tales medios lo habia sido en otras partes.

ROBESPIERRE.

Y en efecto el de Atenas y el de Roma debieron su prosperidad y su gloria á las instituciones democráticas.

NAPOLEON.

Dí mas bien que debieron sus interminables turbulencias á la anarquía que llegaste á establecer, y que fue la tumba del trono y de los aereos derechos de la plebe.

ROBESPIERRE.

Y en medio de conspiraciones, de partidos que levantaban donde quie-

ra la cabeza, amagados de una tempestad que se anunciaba en el occidente de la república, ¿á que recurso habiamos de apelar? Era necesario verter sangre, esparcir el terror: nuestros enemigos unos caían, otros iban desapareciendo como las aves nocturnas al asomarse la luz, otros finalmente engruesaban nuestro partido. Si no hubiésemos tenido la audacia de ser los primeros en herir, á buen seguro que nos salváramos de la tempestad. Mi plan fue el acabar con todos los contrarios de nuestra causa; nadie lo ha concebido con tanta estension ni puesto en práctica con tal energía. Recogiste la diadema en los campos de batalla combatiendo con los enemigos de la Francia, yo procuré recogerla en el campo de la revolucion

peleando con los enemigos de la independencia. Tú debiste hacer la guerra como héroe, yo como fanático. Pero si tu posicion era mas gloriosa, mi posicion era mas crítica: en mi lugar hubieras sido un imbecil, falto de resolucion, y apelando á recursos inútiles segun el estado de los negocios. Juzgas de Robespierre sin juzgar al mismo tiempo del estremo á que habian llegado los asuntos; y cuando juzgas de ti mismo, te olvidas de que todo favorecia tu desmesurada ambicion.

NAPOLEON.

Y debió ser asi. Cuando en las conmociones políticas se eleva un genio superior á los demas en la maldad, que todo lo trastorna, des-

truye y aniquila, que no perdona medio para desnivelar las clases, exaltar las pasiones y eternizar la anarquía; cualquiera que se atreva á sacudir un yugo tan horroroso, por mas que en su lugar trate de imponer nueva servidumbre, será mirado como un héroe, como el angel tutelar de su pais, y la nacion se arrojará á sus brazos llena de confianzas y bienhechoras ilusiones. La Francia se hallaba en este estado; pero habia muchos que aspiraban á representar el papel de libertadores, y si por fin llegué á serlo lo debí á mis triunfos, á mi sagacidad, á mi penetracion, á mi profunda política. Si hubieras usado justa y ventajosamente de la victoria, y en vez de saciar la sed de sangre que te devoraba te dedicaras á fijar siquie-

ra algun simulacro de gobierno sobre bases menos destructibles é ilusorias que los principios democráticos apoyados en el régimen convencional ó en el decenvirato de los Jacobinos, no abrieras á tu nacion aquellos insondables abismos donde llegó á perder hasta la idea de su dignidad y del decoro que debiera á las demas, y que se debia á sí misma. Nada hace tan desgraciado á un pueblo como el entronizamiento de un partido que condena la religion y persigue escandalosamente sus ministros. ¡Que no te hubiesen debido los franceses si favorecieras la voz de la moral evangélica que, á despecho del grito de las pasiones, se dejaba percibir de tiempo en tiempo en la convencion! Te elevaste sobre ti mismo para sufocarla: ven-

ciste, bárbaro, pero el imperio del terror duró pocos meses... y ¿acaso las naciones civilizadas habrian de imitar por largo tiempo la ferocidad de aquellos pueblos salvages, que aguijoneados por el hambre y por su misma inclinacion, animosos cuanto crueles, escitados con el recuerdo de sus victorias, despreciadores del peligro á que van á arrojarse, se dejan llevar de un frenético entusiasmo, y entonando bárbaras canciones acometen, combaten, vencen y beben despues con algazara en el cráneo de sus enemigos? Por mucho que pueda con los hombres el amor á una opinion y el odio que naturalmente profesen á los que tratan de combatirla, por mucho que se alucinen con la brillantez de su partido y con el prestigio de un ge-

nio audaz y fecundo que les guie por entre el estruendo de las conmociones políticas, conocen tarde ó temprano que ha de triunfar el antiguo régimen, y volviendo la vista á su alrededor confirman este feliz sentimiento con la contemplacion de los males, que su celo indiscreto y mal dirigido ha ocasionado á la patria.

ROBESPIERRE.

Mísera y precaria fuera con tales principios la existencia de mi partido. Jamas convendré contigo en que las grandes mudanzas puedan hacerse sin sangre.

NAPOLEON.

Por indispensables que fuesen si á fuerza de sangre habian de veri-

ficarse nunca debieran ponerse en egecucion.

ROBESPIERRE.

¡Hipócrita! ¿Y no echaras mano de ese medio terrible si él únicamente hubiese podido coronarte?

NAPOLEON.

Ignoro cual habria sido mi conducta, porque era naturalmente ambicioso, y esta pasion me podia cegar; pero no que en tal caso tan digno fuera de desprecio y de aborrecimiento como tú mismo.

ROBESPIERRE.

Anda, espíritu imbecil, espíritu pueril, debil y preocupado espiri-

tu. Yo evitaré tu encuentro en el Tártaro, porque no puedo sufrirme cuando considero que te escapaste de mi segur.

NAPOLEON.

Huye, inhumano, que aun en esta morada del arrepentimiento si de algo te arrepientes es de haber sido en tu concepto poco criminal. Harás bien en evitarme; mi conducta mas noble y esplendorosa que la tuya te echaria en cara la ruindad de tus intenciones. ¡Que las sombras de tantos varones dignos de mejor suerte que inmolastes á tu rabiosa envidia se agiten en rededor de ti, y te presenten indignadas las hondas heridas que les mandaste abrir! ¡Que la sangre que vertieron

á raudales en tu presencia enrojezca tus ojos y tus labios, y te dé de continuo la idea de tus atrocidades! ¡Ay! ¡aun asi será muy suave la venganza de la humanidad, y nunca llegará tamaño castigo al menos atroz, ó monstruo, de tus delitos!

4.ª

Esta idea es tan exacta como profunda. Sin embargo, la moderna Roma puede sostener el paralelo con la antigua, aun no haciendo mérito del caracter sagrado que la distingue. Los descendientes de aquellos hombres brutales y feroces, que se reunian en la caverna de Rómulo, se presentan ante mis ojos con menos prestigio que los humildes pescadores que trabajaron con san Pe-

dro para echar los eternos cimientos de la iglesia. He aqui dos acaecimientos al parecer insignificantes que han producido en el mismo territorio las dos mas grandes y completas revoluciones de que se hace mencion en la historia del género humano. Los antiguos cónsules de Roma hicieron temblar á Pirro, á Mitridates, á Tigranes: Atila y otros bárbaros temblaron tambien al eco de los anatemas del soberano pontífice. Es cierto que el capitolio llenó el mundo de su gloria, pero lo es tambien que la voz del vaticano ha resonado en todos los ángulos de la tierra, ha contenido el poder y la ambicion de los monarcas, sancionado los actos solemnes que restituyeron la magestad á los imperios, y, lo que debe considerarse como mas es-

traordinario, un papa célebre llamó á juicio á todos los reyes de la cristiandad enseñándoles con esto que estaban escritos en el cielo los límites de su poder.

Pondérase en los antiguos romanos el mérito de haber reunido los ruinosos materiales de las ciencias y las artes cuando iban decayendo en Grecia para hacerlas florecer en Italia, mérito que les será pagado por sincero tributo de agradecimiento mientras los beneficios de la civilizacion se aprecien en el mundo; pero igual servicio hemos debido á los papas en épocas en que era mucho mas dificil tributarlo á los hombres. Ellos trageron del África las nociones científicas y literarias, que suavizaron las costumbres europeas despues de la caida del imperio de

Oriente, y bajo su generoso cuanto ilustrado patrocinio recogian los cruzados en la Siria y en Egipto los antiguos conocimientos conservados por los árabes. Difundidas por la Italia estas luminosas nociones prepararon el brillante siglo de los Médicis que rivalizó con el de Augusto. La misma Roma vino á ser el asilo de los artistas y de los sabios, la que sostuvo las útiles teorías dignas de inmortalizar á los filósofos cristianos, y la que colgó en pórticos que ponen en olvido los de Pompeyo y de Trajano las obras maestras que hicieron levantar de los escombros en que yacia al genio risueño de las artes.

No es esto decir que bajo otros aspectos deje de haber una diferencia chocante entre la Roma de

los cardenales y la Roma de los Césares. Si los ciudadanos de esta eran mas tratables despues de una victoria que despues de una derrota, los de aquella han ido ganando en flexible y superflua cortesanía lo que han perdido en espíritu marcial y en política pujanza. Lo que mas admira en los romanos antiguos es el modo franco y abierto de hacer la guerra sin recurrir jamas á la cábala ó á la intriga; y lo que mas sorprende en los romanos modernos es la admirable sutileza y la refinada astucia con que dan impulso y salida á las negociaciones mas arduas. Si se añade á esto que los unos tomaban por título el nombre de los reinos que habian conquistado, y hacen gala los otros de llevar el de las pacíficas virtudes que ennoblecen su

ministerio ; que los primeros arrojaban á los monarcas de sus dominios y que los segundos les ofrecen frecuentemente un asilo en su ciudad, se tendrá una idea aproximada de los principales puntos de divergencia que hicieron de Roma antigua la mansion de los señores del mundo, y han hecho de la moderna el asiento de los sagrados vicarios de Jesucristo.

En la misma libreria se hallarán las novelas siguientes.

Grecia ó la doncella de Missolonghi. Dos tomos en 16.°

El sitio de las Rochelas. Dos tomos en 8.°

Maclovia y Federico. Un tomo en 8.°

Amelia ó desgraciados efectos de la estremada sensibilidad. Un tomo en 12.°

Anastasia ó la recompensa de la hospitalidad. Un tomo 12.°

El Valdemaro. Dos tomos en 8.°

El engaño feliz. Un tomo en 12.°

La Estela. Un tomo en 8.°

Oscar y Armanda ó los niños de la Abadía. Tres tomos en 8.°

La huerfanita inglesa. Cuatro tomos en 12.°

La voz de la naturaleza. Cuatro tomos en 12.°

La Juanita. Dos tomos en 12.°

Plácido y Blanca ó las Batuecas. Dos tomos en 16.º

El Joven René. Un tomo en 8.º

Atala ó los amores de dos salvages en el desierto. Un tomo en 8.º

Sor Inés. Un tomo en 8.º

El subterráneo habitado ó los Letinglergs, ó sea Timancio y Adela. Un tomo en 8.º

Pablo y Virginia, *con seis láminas*. Un tomo en 8.º

La Marquesa. Un tomo en 8.º

Los dos hermanos. Un tomo en 8.º

La fiiósofa en el Tajo ó la casita en la Presa. Un tomo en 8.º

La Celina. Un tomo en 8.º

Manual de casadas. Un tomo en 8.º

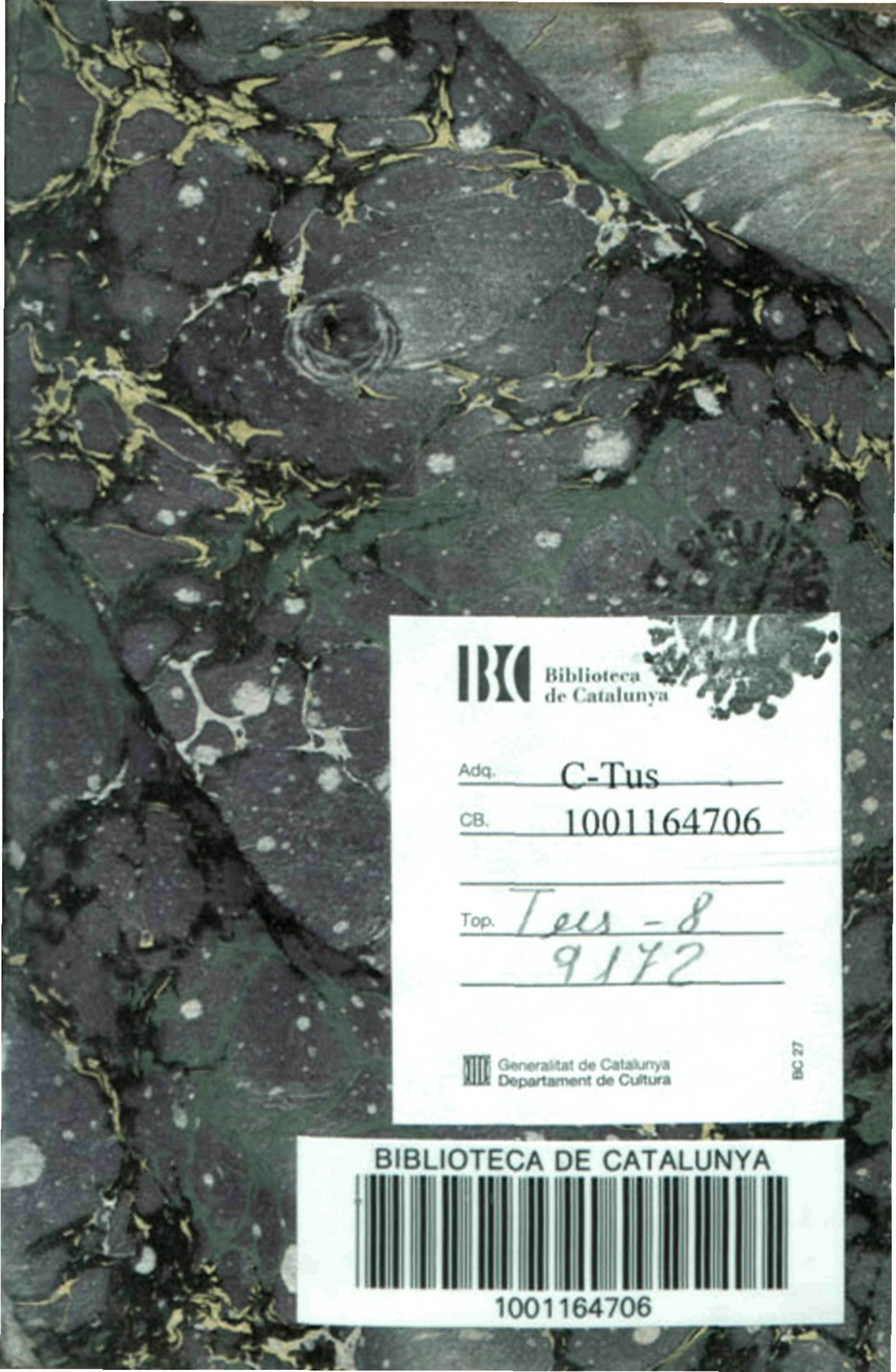
La hija de las olas. Un tomo en 8.º

Noches lúgubres. Un tomo en 16.º

El Subterráneo. Un tomo en 8.º

Damiaville y Felisa, ó el vicio castigado y la virtud recompensada. Un tomo en 12.º

Isabel ó los desterrados de Siberia. Dos tomos en 8.º



Biblioteca de Catalunya

Adq. C-Tus

CB. 1001164706

Top. Tus - 8
9172

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

BC 27

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

1001164706